

DE VERACRUZ A ORIZABA

Juan Pérez Calvo*

Son tan interesantes las correspondencias que recibimos de nuestro ilustrado corresponsal, el señor Pérez Calvo, cronista de nuestra expedición a México, que no queremos privar de ella a nuestros lectores en estos momentos de justa ansiedad. La carta primera se imprimió en La Habana, pero no se permitió la publicación de la segunda, que a nuestros ojos tiene gran importancia pues desvanece, desde el mismo lugar de los sucesos, grandes dudas y no pocos errores.

Orizaba, 17 de marzo de 1862.

Mi querido amigo: el día primero del corriente salimos de la Tejería, con dirección a este cantón donde llegamos después de haber descansado tres días en la ciudad de Córdoba, el 9 por la mañana. No distando más que treinta leguas de Veracruz, comprenderás que las jornadas han debido de ser bien cortas, grande el calor, y el camino en extremo difícil y fatigoso. Se han tenido en cuenta por el general en jefe las molestias del soldado; las marchas se han hecho en las primeras horas de la mañana, con repetidos descansos que al fin cada soldado llevaba sobre sí, con ración para cinco días, municiones, armamento, tienda y ropa sobre tres arrobas de peso, y siempre antes del mediodía ha llegado al campamento, desahogado, contento, sin descomponer la fila, ni rezagarse y dispuesto al parecer a continuar, si fuera preciso, la fatiga. Baste decir que, habiendo salido de Veracruz muchos soldados con la salud quebrantada, no han llegado a cien los enfermos que ha sido preciso recoger en el camino, transportándolos primero hasta Córdoba y después a este punto, con la mejor asistencia y posible comodidad. Para este servicio se ha empleado hasta el carruaje del general. [...]

La población me gusta; es verdad que la fisonomía de los pueblos está en relación directa en el carácter de sus habitantes, y los orizabeños, en lo que hasta ahora he visto, lo tienen excelente. Se encuentra situada en un valle que la forman varios ramales de Sierra Madre, el cerro de San Cristóbal, el de Buena Vista y el de Escamela, que toca la misma población, y otros varios que la rodean y estrechan en vistoso anfiteatro. Cuenta varios ríos y arroyos de agua deliciosa, lo cual hace húmedo su temperamento, que es asimismo templado, proporcionando un clima de bastante sanidad. El comercio es activo en tabaco, café, arroz, azúcar, miel, aguardiente de caña y toda

* P. C. [Juan Pérez Calvo], «De Veracruz a Orizaba», *La América*, VI, suplemento 4 (24 de abril de 1862), pp. 1-4. P. C. Colaborador y corresponsal de *La América*.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002238430&search=&lang=es>

clase de frutas, cuyos productos se consumen en gran parte en el estado de Puebla. El pan y las pastas que se elaboran son del mejor gusto y calidad; bien se puede asegurar que nuestros soldados no han comido nunca mejor pan, ni yo mismo que soy de Valladolid, y al pan de Castilla, como no sea el de Orizaba, no hay quien lo deje atrás; dentro de la población hay varios molinos, hornos de ladrillo, teja y loza, buenas tiendas de ultramarinos y de lencería, lujosos establecimientos de farmacia, fábricas de cerveza, etc.

¡Menos vino!, que hay poco y no bueno, y sí caro, de todo se encuentra en abundancia por aquí. ¡También hay imprenta y periódicos! Los edificios son todos de cal y canto, y la mayor parte de un piso, con el techo inclinado y grandes aleros los tejados, lo cual anuncia que cuando llueve es en manera de torrentes; por eso las aceras están muy elevadas, y en todas las calles se encuentran alcantarillas que faciliten el paso y libren a los transeúntes de los trabajos de la inundación. Hay varias iglesias y buenas, y bastante culto y mucha concurrencia; los jueves y domingos es día de mercado, el cual se celebra en una gran plaza situada al lado de la iglesia parroquial. Es muy abundante de todo y muy concurrido; la mayor parte de las mercancías las venden los indios que habitan una porción de ranchos contiguos a Orizaba y que conservan la fisonomía del tiempo de la conquista, sin haber degenerado en lo más mínimo con el transcurso de los siglos: tienen las mismas costumbres, hacen la misma vida, hablan igual idioma, aunque entienden y hablan el castellano, y, excepto las plumas, puede decirse que visten con la misma desnudez y conservan su afición a los vidrios y collares. La mujer trabaja más que el hombre, pues, además de las faenas propias de este, carga con las criaturas, sujetándolas como una mochila por medio de una especie de rebozo.

No quiero ni debo extenderme más, habiendo salido de los límites de una carta, en gracia de dar una ligera idea de nuestra expedición de Veracruz a Orizaba. En la siguiente que mando por este correo hablaré de las cuestiones que aquí nos han traído, y que, por el carácter y especie de autoridad con que se presentan, no dejan de ofrecer un grande interés.

Orizaba, 19 de mayo de 1862.

Después del Convenio de la Soledad, firmado por los representantes de las potencias aliadas, ratificado por el presidente del Gobierno supremo de la república, y transmitido a los respectivos Gobiernos de Inglaterra, Francia y España, parecía natural que la discusión de las cuestiones pendientes quedase aplazada para el día 15 del próximo abril, señalado para dar principio las conferencias. Esto era lo lógico, esto lo razonable, y lo que, sin hacer violencia la recta razón, no se puede contradecir. Desgraciadamente no ha sucedido así, y digo desgraciadamente porque cuando se encuentra de por medio la buena fe y la rectitud de intenciones de tres grandes potencias a quienes liga una convención como la de Londres, y unos preliminares para tratar como los de la Soledad, la menor duda que tienda a quebrantar tan sagrados lazos es una verdadera desgracia, es una calamidad.

Las palabras más o menos autorizadas de los periódicos que se publican en París sobre el establecimiento de una monarquía en México y hasta la designación del ar-

chiduque Maximiliano como futuro rey para el futuro trono, palabras que no han sido desmentidas por el *Moniteur*, periódico oficial tan cuidadoso en desmentir noticias de menos gravedad; la coincidencia de reforzarse el Ejército francés con cuatro mil hombres más, a las órdenes del general Lorencez, y la circunstancia agravante de haber arribado a Veracruz poco antes que el general francés los señores Almonte, Andrade, Haro y algunos otros personajes expulsados de la república e incapacitados de volver a ella, personajes que, dicho sea de paso, han acariciado en París proyectos tan insensatos, han sido causa de que las cuestiones que nos han traído a México, y que estaban en suspenso para todos, las renueve cada cual, de que se abra la puerta a la desconfianza, de que se entre en el azaroso terreno de las conjeturas, y de que se tema por el quebrantamiento de los vínculos que unen a las tres potencias.

Es una verdad, y por cierto lamentable, que el considerable refuerzo que van a tener los franceses, refuerzo que no hay motivo racional que lo justifique, barrena desde luego la Convención de Londres. Es una verdad también que el reembarque de las tropas inglesas, en el momento en que habían reunido todo el material y medios de transporte para ser con nosotros en Córdoba y Orizaba, es una especie de protesta de que se falta a lo pactado con el solo anuncio del arribo de cuatro mil franceses más; pero, a pesar de todo esto, son tan grandes y solemnes los compromisos que hay de por medio, es tan descabellado el proyecto que se anuncia, hay tan absoluta falta no digo ya de razón, sino de pretexto, ni aun siquiera para iniciarlo, que tengo la seguridad de que si a dos mil leguas de distancia no han faltado quienes induzcan al error, al pisar el territorio de la república los engañados se penetrarán de la verdad. ¡Pues qué, así se improvisan tronos en pueblos que apenas saben lo que es eso! ¡Así se rompe con las costumbres, con la tradición y con la independencia y la nacionalidad! ¡Así se imponen monarcas! Esto no puede ser, esto no será: el pueblo mexicano no lo quiere, y sin que el pueblo mexicano lo quiera, ninguna de las potencias aliadas, sin faltar lo que se debe a sí propia, sin romper solemnes tratados, sin rebajarse a los ojos del mundo civilizado, sin labrar su propia ruina, puede intentarlo, cuando menos llegarlo a imponer. [...]

¿Y podría nación alguna con su bandera secundar en la República Mexicana la bandera de la monarquía? Lo diré con la franqueza que yo escribo: tengo para mí que la Francia, puesto que de la Francia se trata, por sí y ante sí, libre de la menor oposición por parte de sus aliados, que declinarán toda responsabilidad, podrá imponer a la república, en un periodo más o menos largo, con las fuerzas de que hoy dispone, acrecentando su número, una monarquía y un monarca. La fuerza que hoy manda el imperio, y las consideraciones que hoy le guardan las naciones que están altísimamente interesadas en que no se turbe la paz del mundo, podrán no oponerse en el camino para la consumación de este proyecto. Francia llevará a sus legiones a México, y allí se establecería la monarquía y el príncipe Maximiliano se sentaría en el trono. ¿Y qué sucedería? Que monarquía y monarca no extenderán su poder más que en los estrechos límites de la capital, y eso mientras estuviera guardada por las bayonetas francesas. El emperador y la Francia lo saben muy bien, tienen el ejemplo vivo e inmediato, y comprenderán que lo que tantos sacrificios les cuesta a las puertas de su casa puede ser hasta la muerte a dos mil leguas de distancia. Cuarenta años de repúbli-

ca, por más que las disensiones civiles la hayan quebrantado, no han podido menos de crear hábitos y costumbres que es imposible suplantar en un solo día.

México desde su independencia no ha conocido más que unos cuantos meses de monarquía imperial. Don Agustín Iturbide fue su emperador constitucional, ¿y de qué manera? Fue nombrado como se nombraban los emperadores de Roma y Constantinopla en la decadencia de aquellos imperios, por la sublevación de un ejército y por los gritos de la plebe congregada en el circo, aprobando la elección un Senado atemorizado y corrompido. Este emperador, después de ocho meses de reinado, sufrió la pena de muerte, siendo pasado por las armas. ¡Y había dado la independencia a su patria! ¡Qué lección y qué escarmiento!

En otra carta continuaré exponiendo nuevas consideraciones; el asunto se presta, y es de altísima importancia en los momentos que corren que se diga y se sepa toda la verdad.